

Aportaciones ginecológicas a la biografía de Isabel I de Inglaterra

Isabel de Inglaterra ha sido exaltada por unos historiadores y difamada por otros. Pero no ha sido *explicada*.

(ANTHONY. *Biografía de Isabel de Inglaterra*. Pág. 231 de la versión francesa).

Aunque hay escritas muchas biografías de esta reina, yo me propongo escribir otra más, «in extenso» y abarcando todas las particularidades de su carácter y las vicisitudes de su reinado. Sólo podré hacerlo si los muchos años que tengo me lo permiten; de modo que el presente trabajo no tiene otro propósito que el de ser un avance para estudiar desde el punto de vista ginecológico la deformación sexual, que a mi juicio, padecía este personaje y que nos permite explicar muchas de sus actuaciones —lo mismo de su vida íntima que de su vida oficial—, que de otro modo parecen inexplicables.

Ya cuando nació, las «técnicas» que la recogieron estimaron su sexo como dudoso, pues de momento fue inscrita co-

mo varón¹ (*prince*, príncipe); si bien después, examinada más detenidamente, se añadió una *s*, porque aunque la palabra *princess* —que es como en inglés se escribe princesa— corresponden dos eses, éstas no cabían en el renglón, por estar escrita la palabra muy al final del mismo.

¿Por qué esta confusión, si aunque se trate de un recién nacido el sexo es una cosa evidente aún para los profanos?

A mi juicio, entrando directamente en el tema y el lenguaje anatómico-ginecológico, por dos razones: porque poseería el clítoris más prominente que de ordinario, de modo que parecería un pequeño pene y además porque probablemente no era en ella perceptible el pequeño orificio correspondiente a la entrada de la vagina, que se halla situado entre el meato urinario y el ano. Pero como casi con seguridad eran normales los labios mayores y menores de aquél, después se enmendó el error. Isabel era una mujer. Una mujer con un vicio de conformación, pero una mujer. Después citaremos una porción de datos que confirman esta suposición que ahora no hacemos más que mencionar.

Es más que probable que las mujeres de la corte encargadas de asear y bañar a Isabel, en los primeros meses y años de la vida de esta princesa, se diesen cuenta de que los órganos genitales de la niña no eran enteramente normales y que muchos de los datos que después citaremos, procedentes de diversos autores y correspondientes a los años de la vida adulta de Isabel, no sean más que procedentes de personas que la habían cuidado durante su primera y segunda infancia y que, por discreción, dado el encumbrado origen de la niña, no los habían divulgado. Hemos de señalar además que la Ginecología es una especialidad que data de menos de un siglo, y que el estudio de las malformaciones sexuales es más reciente aún, y su conocimiento científico, enteramente contemporáneo. No es, pues, de sorprender que nada se consigne sobre las particularidades sexuales de Isabel hasta que

(1) ANTHONY: *Isabel de Inglaterra*, versión francesa, pág. 17.

ella llegó a la edad adulta, y para ello de un modo, por decirlo así, indirecto.

Isabel era una niña inteligente y precoz, de modo que, llegada a la pubertad (que en Inglaterra sobreviene entre los 14 y 16 años), las características sexuales femeninas de Isabel, tales como la conformación de los senos y caderas, y la aparición del vello pubiano y axilar, tendrían lugar normalmente (etimológicamente pubertad significa cobertura de pelo, de las regiones destinadas por la naturaleza para ello); pero tengo para mí por indudable, que las reglas no aparecieron. Más aún, que Isabel de Inglaterra no regló jamás. Yo al menos no he visto consignado en fuente histórica alguna, ni en las numerosas biografías que de ella he leído, nada referente a las características de sus reglas.

Se me objetará que no es frecuente que este dato se relate en ninguna de ellas, y así es en efecto. Pero no es menos cierto que en varias fácilmente comprobables, sí se refiere. Así por ejemplo en la Biblia, que en definitiva no es más que la historia del pueblo hebreo, se dice que Sara, la esposa de Abrahám concibió a Isaac su único hijo, después de muchos años de esterilidad y cuando ya había cesado en ella *lo que es costumbre en las mujeres*, clara alusión a que antes tenía unas reglas normales. Cuando Sarmiento, el embajador de España en Portugal hizo las oportunas gestiones para que el príncipe Don Felipe (después Felipe II) se casase con la Infanta de Portugal Doña María, no olvidó consignar en su comunicación al Emperador que esta princesa portuguesa «era muy puntual en venille su camisa»,² lo cual quiere decir que sus reglas eran normales, y esto lo consideraba y con razón como un poderoso dato en favor de su posible fecundidad. Cuando Don Felipe II contrajo su tercer matrimonio con Isabel de Valois, ésta era una niña que no había menstruado aún, por lo cual el Rey se abstuvo de consumar el matrimonio hasta que los signos de su madurez sexual no fueron evidentes, como puede claramente deducirse de las numerosas cartas que esta Reina

(2) F. de RETANA: *Historia de España de Menéndez Pidal*. Tomo XIX, Vol. I, pág. 180.

española escribió a su madre, Catalina de Medicis, y que han sido minuciosamente copiadas y anotadas en el estudio de GONZÁLEZ DE AMEZÚA y en las que reiteradamente alude a «ses besognes». El Padre FERNÁNDEZ DE RETANA,³ refiere que Doña María, hermana de Felipe II, que después fue emperatriz, de soltera tenía las reglas de una duración excesiva, por lo cual el médico de cámara Dr. Abarca le prescribió que no se bañase mientras estuviese reglando. Y así podríamos ir multiplicando las citas.

En las historias de Inglaterra y biografías de Isabel I no hemos encontrado nada referente a esta cuestión, y aunque por muchos motivos fue denominada después «la Reina Comediante», no creo que hiciese lo que una cliente mía, que aún siendo anatómicamente normal, no regló jamás; pero con el objeto de mantener en su marido la esperanza de tener un hijo que nunca vino, mensualmente manchaba de sangre unos paños de reglas que mostraba a su esposo, para tenerlo engañado sobre su fisiología sexual.

El primer dato que he visto mencionado en la historia sobre la anatomía y fisiología sexual de Isabel de Inglaterra se refiere a cuando era ya una mujer adulta y estaba coronada como reina.

Todos los autores que, por diversos motivos, se han ocupado de ella, refieren que cuando tenía unos doce o trece años y vivía con la Reina viuda Catalina Parr, adquirió con el marido de ésta, Sir Thomas Seymour, unas intimidades que causaron verdadero escándalo en la Corte de Londres y aún en toda Europa, pues este desaprensivo Almirante abrazaba y besaba a la entonces princesa Isabel, la palmoteaba en las nalgas o en otros lugares carnosos y hasta se metía con ella en el lecho si la encontraba acostada. Ello motivó que Isabel fuese retirada del domicilio de Seymour y enviada al castillo de Chesnut.

Algunos autores, como la ingenua MONA WILSON y otros

(3) Idem. Loc. Cit. Pág. 582. Nota.

defensores hasta el último extremo de Isabel, califican tales sucesos de un modo muy benévolo, pero otros los llaman «indecentes galanteos» o algo peor. Por mi parte no creo que los dos copartícipes llegasen a consumar la cópula, pero ello no fue por falta de deseo, sino por imposibilidad física, como explicaremos después.

Lo que resulta poco fácil de admitir con el concepto actual de las cosas es que Catalina Parr e Isabel continuasen llevando una buena amistad. De ello no queremos sacar más que una consecuencia y es que Isabel de Inglaterra, lejos de repugnarla el acto matrimonial, era excesivamente abordable como dice HOLLIS,⁴ y esto sólo, como escribe NEALE en su Historia de Inglaterra, bastaría para calificar a Isabel de «sinvergüenza», enjuiciándola con la moral de estos tiempos. Ello dio también lugar al rumor de que cuando la esposa de Thomas Seymour, Catalina Parr, murió, siete días después se creyese que su esposo la había envenenado para poder casarse con la princesa. Esto me parece inadmisibile pues la reina viuda murió a los ocho días de haber dado a luz, de modo que sería probablemente a causa de una infección puerperal, dolencia que entonces era muy frecuente, dado que no se conocían las precauciones asépticas.

El primer dato que se consigna en la historia sobre la vida sexual de Isabel de Inglaterra cuando ya era reina, procede de un español, Don Francisco Suárez de Figueroa, conde primero y después Duque de Feria, que por saber el inglés había sido enviado como embajador a Londres durante el reinado de María Tudor y después se casó con una dama inglesa, Lady Juana Dormer perteneciente a la Corte de esta Reina. Es posible, como dicen algunos autores, que cuando Felipe II enviudó de su segunda esposa, pensase en casarse con la nueva Reina de Inglaterra, pues las razones políticas que impulsaron al Emperador para aconsejar el matrimonio inglés eran igualmente válidas para casarse con la que después ocupó este trono; pero el Duque de Feria informó a su

(4) HOLLIS: *Le Régime Monstrueux*.

Rey, que Isabel «tenía algo que la incapacitaba para el matrimonio».⁵ Claro está que en realidad no sabía de lo que se trataba y en que consistía esta incapacidad. Pero como el Rey de España en sus matrimonios no buscaba más que el lograr herederos para sus tronos, desistió inmediatamente de este proyecto y entabló rápidamente negociaciones para casarse con Doña Isabel de Valois.

¿Cómo pudo el embajador español adquirir esta información? Ya hemos dicho que su esposa Lady Juana Dormer era dama de María de Inglaterra, y como ésta era 17 años mayor que su hermana Isabel, pudo tener noticias sobre las dudas del sexo de la sucesora que se plantearon desde el momento de su nacimiento, o saber después por las lavanderas o camareras de palacio que Isabel *no era una mujer como las demás*, No es, pues, exacto lo que dice NEALE⁶ que los embajadores extranjeros en Inglaterra sabían latín, francés, alemán, italiano, español y alguno hasta el turco, pero no el inglés. El Duque de Feria lo sabía.

Pero como Isabel de Inglaterra, según ya hemos dicho, era una mujer inteligente y precoz, al no menstruar se dió cuenta de que padecía una deformación sexual importante y procuró por todos los medios ocultarlo durante toda su vida y hasta después de su muerte; aunque alguna frase se le escapó, por la que se demuestra la manera de ver que yo estimo acertada en esta cuestión y que más adelante consignaré donde viene mencionada.

En la época en que aún era una simple princesa, la solicitó en matrimonio Lord Seymour después de quedar viudo, pero ella rechazó la oferta y Kate Ashley declaró ante el Consejo Privado que el Almirante, Catalina Parr e Isabel habían constituido un verdadero «ménage à trois».⁷ Durante su matrimonio con María Tudor, su cuñado Felipe II, quiso casarla con el Duque de Saboya (aunque no por la fuerza, como di-

(5) F. de RETANA: Loc. Cit. Pág. 483.

(6) NELLE: *Isabel de Inglaterra*.

(7) ANTHONY: Loc. cit. Pág. 95.

cen algunos autores ingleses) con el objeto de que, si algún día heredaba el Trono, se conservase en Inglaterra la religión católica. Ella rehusó, alegando que no deseaba salir de Inglaterra. También en los tiempos en que era Princesa, un grupo de nobles ingleses conspiró para casarla con Courtnay, que estaba en el extranjero, y elevar a ambos al Trono; pero este noble inglés falleció y la conspiración fue un fracaso. Igualmente recibió una embajada secreta del Príncipe de Suecia solicitándola en matrimonio, pero ella enseñó la carta a su hermana María y dijo que no aceptaría ninguna propuesta sin contar con el beneplácito de la Reina.

Después que fue elevada al trono manifestó claramente que se casaría con quien la apeteciese, bien fuese Rey, Príncipe o simple noble, puesto que así lo había hecho su padre seis veces; sin embargo, murió soltera y de 70 años. ¿Por qué? Esto es lo que nos proponemos esclarecer, pues como era de esperar, una vez que fue Reina las propuestas matrimoniales menudearon mucho más que cuando era Princesa.

Digamos en primer término que la tendencia innata de toda mujer que se encuentra en edad propicia para el matrimonio (y bastantes que no lo están) es a casarse; tienen que existir razones muy poderosas para que una mujer soltera que es solicitada en matrimonio por un pretendiente que pudiéramos llamar «adecuado» le rechace, y mucho más raro es que rechace a todos, como sucedió con Isabel. Sin embargo fueron muchos los pretendientes que tuvo, y con alguno de ellos mantuvo largo noviazgo, dándose además la paradoja de que tuvo abundantes favoritos o amantes con quienes llegó a las máximas intimidades. Pero para casarse, a última hora encontraba siempre algún pretexto.

En su excelente monografía, Lytton STRACHEY opina que Doña Isabel padecía vaginismo; Mona Wilson y otros autores, que tenía horror al matrimonio, lo cual está en contra de sus actos, pues ya hemos dicho que era una mujer extremadamente abordable; y ANTHONY dice que «no estaba petrificada en castidad de hielo, sino todo lo contrario. La naturaleza la había dotado de una capacidad de *amar* tan incoerci-

ble, que siempre estaba patente y a veces se mostraba escandalosa».⁸

El vaginismo es un simple trastorno funcional sin imperfección anatómica de ninguna clase y que consiste en un espasmo de los músculos de la entrada vaginal, y aún de todo el cuerpo, que se retuerce y contorsiona ante la amenaza o el simple pensamiento de que va a tener lugar la cópula. Es, pues, una verdadera psicosis, determinada por la repulsión al acto sexual o una repugnancia ante este suceso. Isabel de Inglaterra no tenía miedo ni mucho menos repugnancia al acto sexual; ya hemos dicho que deste niña la atraían los hombres y ella misma se jactaba de haber tenido favoritos desde los doce años.

Por otra parte, un cierto grado de vaginismo es bastante frecuente en las mujeres que llegan al matrimonio sin haber sentido estímulo sexual directo, pues es natural un cierto grado de temor ante lo desconocido; pero si la potencia del varón es suficiente y hay buena voluntad por parte de la mujer, estas dificultades iniciales se vencen pronto. Unicamente cuando el hombre procede con excesiva brutalidad (como Napoleón con María Luisa, su segunda esposa) o el temor de la mujer reviste caracteres patológicos, puede constituirse el verdadero vaginismo, que dificulte o imposibilite el coito. Con tiempo y paciencia hay pocos vaginismos que resulten invencibles. La prueba está en que en las numerosas guerras, revoluciones y violencias de todas clases que registra la historia (y sigue registrando), mujeres que no sentían ningún deseo sexual y que por sus creencias o por sus votos tenían, no sólo temor, sino verdadero horror a la cópula, han sido violadas, aunque es de suponer que muchas de ellas se resistirían con todas sus fuerzas físicas y morales; no es dudoso que conservarían un lamentable y amargo recuerdo de esta experiencia, pero la cópula, por la intimidación o por la fuerza, pudo realizarse. Tampoco era este el caso de Doña Isabel de Inglaterra. Esta no sentía aversión ni te-

(8) Id. Loc. cit. pág. 55.

mor al acto sexual; se trataba en ella de una imposibilidad física, o para ser más precisos, de una deformidad anatómica.

Aunque no aceptemos en su integridad las ideas de Freud en las que hubo mucho de exageración por la novedad del asunto, no es posible desconocer que hay en ellas una parte de verdad, y que muchos actos de la vida están regidos por la sexualidad reprimida o inconsciente. En la especie humana esto es mucho más evidente en el varón que en la mujer, aunque en el psiquismo de ésta influye también. Como no es cosa de extendernos largamente sobre esta cuestión —lo que estaría fuera de lugar— diremos que las mujeres de civilización occidental pueden dividirse en tres grupos: las frías, que según los datos que he podido recoger en mis propias clientes representan del 20 al 25 por 100 del total; las normales, que son algo más de los dos tercios, y las hipersexuales, que son aproximadamente el 10 por 100. Isabel de Inglaterra era probablemente de este último grupo, como puede deducirse de alguno de los datos apuntados y otros que señalaremos después. Es muy probable que el grupo de las frías fuese menor si el copartícipe de sus intimidades fuese otro, o la conducta del varón diferente. De la frialdad se pasa a la indiferencia más o menos velada, al temor y en algunos casos a la repugnancia ante el acto sexual. Mi experiencia ginecológica me permite afirmarlo así. Ya hemos señalado la opinión de Lytton STRACHEY y otros autores de que Doña Isabel padecía vaginismo y yo opino que lo que existía era un obstáculo anatómico del cual era consciente ella, y que la llevó a rechazar las numerosas propuestas de matrimonio que en su vida recibió (aunque sostuvo un largo noviazgo con el Duque de Alençon al que más adelante aludiremos). Procuraremos también aclarar la aparente paradoja de que tuviese varios amantes, con alguno de los cuales las relaciones se prolongaron varios años y, en opinión de los cortesanos más asiduos, llegaron a la máxima intimidad posible.

LETI, que hizo una monografía sobre Isabel de Inglaterra y que vivió en Amsterdam en un tiempo bastante próximo a

Isabel, a finales del siglo XVII,⁹ dijo —aunque en la actualidad no es posible aceptar su opinión— que la Reina era hermafrodita. Digamos que en aquellos tiempos, y aún en los presentes, el vulgo califica como hermafrodita a cualquier ser cuyos órganos sexuales no están normalmente conformados. Ahora bien desde el punto de vista científico actual, no es posible aceptar la existencia en la especie humana de verdaderos hermafroditas, pues estos son seres capaces de fecundarse a sí mismos o, cuando menos, de fecundar a una hembra como machos y ser fecundados como hembras por un macho de la misma especie. Tales circunstancias no se dan más que en seres inferiores, biológicamente muy distantes de la especie humana. En el hombre existen casos dudosos que antes se llamaban *sexus anceps*, es decir, sexo ambiguo, y las modernas investigaciones histológicas de las glándulas sexuales de tales individuos han demostrado que, aunque en algún caso existen formaciones rudimentarias de los dos sexos, éstas carecen de valor funcional. Ni pueden fecundar ni pueden ser fecundados. Isabel también pertenecía a esta clase de seres. Era una mujer, una mujer malformada desde el punto de vista sexual, pero una mujer.

Ya lo dijo su prima María Estuardo, aunque personalmente no la conocía ni se vieron jamás: «*Mi prima Isabel no es una mujer como las demás*».

En los primeros años del reinado de Isabel, Ben Johnson decía a Drumond que la Reina tenía en sus órganos genitales una membrana que la impedía conocer varón. Esto ya es más verosímil y yo lo considero como exacto,¹⁰ porque coincide con lo que dijo Brantome, que en aquel tiempo se hallaba de embajador en la Corte de Escocia. Y consigna que Isabel no podía tomar marido pues en sus órganos genitales «sólo hay un pequeño orificio por el que orina, y nada más hasta el ano».¹¹ ANTHONY toma estas afirmaciones como enteramente fantásticas, pero a mi juicio son verdaderas y proceden según

(9) LETI: *Isabel de Inglaterra*. Versión francesa. Tomo II. pág. 47.

(10) ANTHONY: *Loc. cit.* Pág. 84 (otros autores hacen la misma citación).

(11) *Id. loc. cit.* Pág. 84 (y otros autores).

parece de una dama «incógnita». Ambas se complementan y es difícil decir de una manera más breve y exacta la clase de deformidad sexual que la Reina padecía. No es verosímil que esto fuese una patraña, pues en las referencias que se conocen de aquellos tiempos de casos obstétricos o ginecológicos, van acompañados de detalles que les hacen totalmente inverosímiles, pero esta no.

Cuando Isabel se dio cuenta de su deformidad procuró por todos los medios que ésta permaneciese ignorada, aunque en una ocasión, dijo a Lord Sussex que tenía un secreto que no revelaría a su alma gemela si la tuviese.¹²

A la luz de los conocimientos actuales, la anormalidad podríamos suponer que se tratase de una imperforación del himen: los órganos sexuales que están por encima de esta membrana imperforada son normales prácticamente; de modo que se produce, como en las mujeres de fisiología corriente, la ovulación y la menstruación; pero como ésta no puede verterse al exterior, la sangre menstrual se acumula primeramente en la vagina, conducto bastante amplio y distensible, y produce lo que en términos técnicos se denomina hematocolpos; después, cuando este conducto ya no basta para albergar la sangre menstrual en él acumulada, es la cavidad uterina la que se distiende y recoge la sangre vertida en las menstruaciones posteriores, produciéndose lo que ginecológicamente se denomina hematometra; y finalmente, cuando tampoco la cavidad uterina basta para almacenar la sangre menstrual, ésta refluye a las trompas de Falopio y las distiende, produciéndose lo que se llama hematosalpinx.

Todo este proceso requiere varios años de evolución y no se produce sin determinar dolores y molestias en la mujer que lo padece y que aumentan periódicamente con cada nueva menstruación; pues los 50 a 80 cc. que representa cada pérdida menstrual producen una distensión cada vez mayor de los órganos genitales internos, acompañados de cólicos pe-

(12) LYTTON STRACHEY: *Isabel y Essex*. Versión española. Pág. 28.

riódicos que pudiéramos llamar pseudo-menstruales, pues, como ya hemos dicho, la sangre no aparece al exterior.

No hay noticia de que Isabel de Inglaterra padeciera jamás trastornos de esta clase: podemos eliminar, pues, que sufriese una imperforación del himen. Añadiremos que este proceso no tiene más procedimiento de curación espontánea que la perforación espontánea de la membrana himeneal, distendida a causa de la presión interna; pero la verdad es que, en los casos de este género que he observado en mi dilatada práctica, este proceso no se produjo jamás, pues el himen imperforado es una membrana bastante resistente, y para solucionar este problema tuve siempre que acudir a los métodos quirúrgicos, que, aunque sencillos eran desconocidos en los tiempos que vivió Doña Isabel de Inglaterra. Por otra parte, la sangre acumulada por encima del himen imperforado adquiere una consistencia siruposa que la convierte en un excelente método de cultivo para los microbios, de manera que, hasta el descubrimiento de los antibióticos, la incisión del himen imperforado iba con cierta frecuencia seguido de una infección ascendente, que era frecuente causa de muerte por peritonitis. Hemos de rechazar, pues, esta hipótesis. La Reina no padecía de himen imperforado.

¿Qué tenía, pues? A mi parecer, y por exclusión, hay que llegar a la afirmación de que padecía una ausencia congénita de vagina. Esta deformación, hoy perfectamente conocida, no es frecuente. Entre más de sesenta mil mujeres exploradas, yo habré encontrado sólo unos 15 ó 20 casos de este padecimiento, y aún dicha proporción es elevada con respecto a la realidad, pues daría la de una mujer con ausencia de vagina por cada 3.000 aproximadamente. Proporción superior a la realidad, porque a la consulta del ginecólogo acuden de preferencia las mujeres que tienen algo patológico, aunque cada vez abundan más las que consultan sin tener nada, al menos importante.

Como complemento de las líneas anteriores diré que la ausencia de vagina congénita es una afección que tiene un carácter familiar. Entre mis casos citados, yo observé tres

hermanas que la padecían y en otra familia dos, que presentaban la misma malformación congénita. Añadiré además que este defecto físico no es incompatible con unos caracteres femeninos perfectos; las tres hermanas citadas, no solamente tenían una apariencia normal, sino que eran francamente atractivas, aunque una de ellas carecía absolutamente de ílificación axilar y pubiana. Las restantes eran mujeres corrientes, y aunque no llamaban la atención por su belleza, tampoco nadie habría podido sospechar su malformación por las características externas, enteramente femeninas. Digamos para terminar con este asunto que la ausencia congénita de vagina es una causa aceptada para la disolución legal y canónica del matrimonio. Lo mismo las leyes civiles que la Iglesia Católica, aceptan como cualidad indispensable que la mujer tenga «vaso propio» para la admisión del órgano masculino, esto es, que tenga vagina —del latín «vagina», es decir, vaina—. Claro está que la disolución del matrimonio sólo se decreta a instancia de parte y después de comprobación pericial del defecto.

Quedamos, pues, que entre los contemporáneos de Isabel cundía la opinión de que la Reina no era sexualmente normal y la mayoría de los historiadores y biógrafos así lo dicen, aunque discrepan, como es natural, no siendo técnicos, acerca de la causa de la anormalidad, ya que por entonces la Anatomía se hallaba en lo que pudiéramos llamar periodo prehistórico y la ginecología como especialidad no existía.

Como especialista en la materia, diré que la ausencia de vagina lleva aparejada por lo común una hipoplasia del útero, pero que las trompas de Falopio y los ovarios funcionalmente son normales, y por lo tanto, el impulso sexual que pudiéramos llamar hormonal puede ser y es, en muchos casos el corriente. En la especie humana el deseo sexual además de estar condicionado por las hormonas específicas lo está también por el cerebro, de modo que en él influyen lo que pudiéramos llamar el «ambiente», las personas que a uno le rodean, las conversaciones y otros factores que no son los puramente naturales en otras especies, aunque biológicamente se hallen

próximas a la humanidad. De modo que el celo estacional condicionado por la ovulación no existe en los humanos en la actualidad; cualquier época en el hombre o la mujer sexualmente maduros es buena para la realización de su unión si intervienen otros factores, ajenos las más de las veces a la secreción hormonal de las glándulas sexuales.

Ya hemos mencionado anteriormente los amantes que Isabel tuvo en los años que aún era casi una niña, como Sir Thomas Seymour, y sus pretendientes oficiales, como el heredero de Suecia, Courtenay y el mismo Felipe II, aunque este último sea más dudoso, pues, como ya dijimos, este monarca español más que su satisfacción personal buscaba asegurar la herencia legal de sus numerosos estados y actuaba en este aspecto, más que como hombre, como monarca.

El favorito o amante de Isabel que más años persistió o gozó de su intimidad, fue Roberto Dudley, al que después nombró conde de Leicester. Sus relaciones íntimas con la Reina de Inglaterra persistieron durante más de veinte años y no eran un secreto para nadie. Todos los historiadores y biógrafos las mencionan.

Este noble inglés era un apuesto varón, alto y de buena conformación, con el tinte de la piel algo cetrino, por lo cual le llamaban «el gitano». Fue siempre discreto en sus manifestaciones y obediente a las órdenes de la Reina. Sólo a contrarió contrayendo matrimonio sin conocimiento ni permiso de Isabel, lo cual le valió su enojo y permanecer encerrado en la Torre durante algún tiempo; después, recobró el favor y compartió las intimidades de Isabel con algunos otros que más tarde citaremos, aunque éstos fueron menos duraderos como favoritos.

La Reina y Duddley se abrazaban y besaban en público y permanecían encerrados solos varias horas en la habitación de aquélla, quien ponía de centinela en la puerta a una dama de confianza, para que nadie pudiese importunar sus intimidades. Alguno de los embajadores de España que estuvieron en Londres durante esos años, Mendoza, transmitía a su Rey: «La Reina y el Conde de Leicester permanecen encerrados

juntos dos o tres horas. No sé que diablos harán». Esta colettilla peca de ingenua. Lo único discutible es lo que podían hacer un hombre vigoroso y normal y una mujer que sexualmente no lo era. Más adelante, y al mencionar los dichos de otros amantes de la Reina, volveremos sobre esta cuestión. Diremos sólo que ello no fue obstáculo para que en esta época (1560-1585) tuviera Isabel varios pretendientes que oficialmente la solicitaron en matrimonio.

Muchos historiadores ingleses llaman a Isabel I «La Reina Virgen», y como es sabido, un estado de la Unión Americana del Norte lleva en la actualidad el nombre de Virginia en su memoria. Ella misma, en muchos de sus discursos, dijo que no necesitaba marido porque se había desposado con el pueblo inglés, y que no quería hijos pues todos los ingleses eran hijos suyos. Tales palabras suenan a hueco, especialmente para un ginecólogo; además, aunque alguna mujer, por motivos especiales pueda hacer manifestaciones semejantes y sean verdaderas por razones particulares, en el caso de Isabel estaban en manifiesta contradicción con sus actos, que es lo decisivo.

En la biografía de Isabel que debemos a Lytton STRACHEY, aunque ésta se concreta más bien a los 15 últimos años de su reinado, se citan como favoritos de aquélla a Hafton, hombre suntuoso y muy pagado del lujo,¹³ De Vere,¹⁴ que destacaba en los torneos, espectáculo brillante y muy estimado en aquella época, Heynage, varón gallardo y apuesto.¹⁵ Todos ellos duraron en el favor de Isabel mucho menos tiempo que el Conde de Leicester y que el de Essex, del que después hablaremos, y todos ellos eran hombres altos, guapos y apuestos.¹⁶ Como Isabel era una Reina, aunque como mujer no era una gran belleza, podía permitirse el lujo de elegir.

Como pretendientes oficiales, dispuestos a compartir con Isabel el Trono de Inglaterra, en el decenio 1560-70 figuró el austriaco Archiduque Carlos, hijo del Emperador, pretensión

(13) Id. loc. cit. Pág. 27.

(14) Id. loc. cit. Pág. 27.

(15) Id. loc. cit. Pág. 27.

(16) Id. loc. cit. Pág. 27.

que Felipe II apoyó, pues nuestro monarca durante muchos años albergó la esperanza de que Inglaterra volvería al seno de la Iglesia Católica y le parecía que este matrimonio tal vez sería eficaz para lograrlo; y fue esta creencia la que llevó a Don Felipe a contemporizar con Isabel, aunque era notorio el apoyo que ésta prestaba a los herejes flamencos y su participación en los beneficios de las piraterías de Drake y otros que le imitaron.

A consecuencia de haber padecido por esta época la Reina unas viruelas graves, los miembros del Consejo estuvieron preocupados e indecisos, pues si la Reina moría no sabían a quien proclamar heredero del Trono. Así que, cuando ella estuvo restablecida, el Consejo y el Parlamento la instaron reiteradamente a que se casase diciéndole: «Casaos con una persona de familia real, con un noble inglés o quien querais, pero casaos». Ella no accedió a esta propuesta, y cuando años después se la reiteraron varias veces, se enojó y dijo que no la importunasen más con semejante cuestión.

En la fecha que decimos hizo una proposición que parecerá absurda a cualquiera y mucho más a las mujeres, pero que a la, por tantos conceptos ingenua Mona WILSON le parece poco menos que genial. Fue la de que su prima María Estuardo, ya viuda, se casase con Leicester, a la sazón viudo también, y que los tres viviesen juntos, puesto que María era la más próxima heredera del Trono. Si Isabel fuese una mujer normal lo natural era que ella se hubiese casado con Leicester, y el Parlamento y el pueblo lo hubieran aceptado de buen grado.

¿Por qué ofrecer como solución esta especie de «ménage à trois»? Para mí la explicación es clara: No quería separarse de Leicester, y como María Estuardo era una mujer normal, sería esta la que diese el heredero para el Trono de Inglaterra, mientras Isabel podía seguir disfrutando las habituales «caricias» de su favorito. Fue el mismo Conde de Leicester quien con muy buen acuerdo rechazó de plano la propuesta.¹⁷

(17) MONA WILSON: *Isabel de Inglaterra*. Pág. 48.

Maitland, embajador de Escocia en Inglaterra cuando Isabel hizo formalmente tan absurda proposición contestó habilmente: «Es una gran prueba de afecto de V. M. para mi Reina el quererla ceder una persona a la que tan altamente apreciáis, pero estoy seguro de que mi Reina no querrá privaros de quien teneis en tan alta estima».

También Melville,¹⁸ que tuvo con Isabel de Inglaterra una histórica entrevista que refieren muchos historiadores y biógrafos, manifestó la opinión, entonces muy extendida, de que Isabel no podía tener hijos, aunque no dice en qué motivos funda su opinión. Y más adelante, Lady Scheeswbury dijo saber que la conformación sexual de Isabel no era normal. El Emperador, primo de Felipe II, envió a Londres un agente secreto para que le informase verazmente de las cualidades físicas y morales de Isabel, con vista a su posible casamiento con el Archiduque Carlos. Es muy difícil que este agente pudiera averiguar algo seguro sobre la deformación sexual de Isabel, pero de las intimidades de la Reina con Leicester sí que pudo comunicar a la Corte de Viena lo que sucedía, pues como hemos dicho, aquéllas eran públicas y notorias. Con todo, las negociaciones de matrimonio con el Archiduque austriaco duraron cuatro años y, finalmente, la Reina de Inglaterra las dio por terminadas en 1567 cuando tenía ya 34 años. El pretexto alegado fue la diferencia de religión, cosa ya sabida desde el principio y que, por otra parte, la Iglesia Romana tiene prevista para autorizar un matrimonio. La verdadera causa ya la sabemos, aunque Isabel jamás la manifestó.

Al fracasar este casamiento, se habló de la posibilidad de que la Reina la contrajese con un noble inglés, como el Conde Arundel o Sir William Pickering; pero ella rechazó también estas propuestas. Para ella fue un enorme disgusto que María Estuardo contrajese segundas nupcias con Lord Darnley, y mayor contrariedad todavía el que su prima tuviese de él un hijo, Jacobo, que luego había de ser Rey de Escocia y también de Inglaterra a la muerte de la propia Isabel. Enton-

(18) ANTHONY: Loc. cit. Pág. 85.

(19) Id. loc. cit. Pág. 219.

ces manifestó su contrariedad con estas significativas palabras: «Mi prima María ha tenido un robusto niño y yo soy un tronco estéril».²⁰

Este suceso sirvió para poner de relieve una cualidad de Isabel que no ha sido bastante señalada por los historiadores: la envidia. De la conversación con Melville a que nos hemos referido, se deduce claramente que envidiaba a María Estuardo por su estatura, pues era más alta que ella, por que cantaba mejor, aunque ella presumía de hacerlo bien, y, sobre todo, porque era una mujer normal, en tanto que ella sexualmente no lo era. El comportamiento que tuvo con su prima desde que ésta se hubo refugiado en Inglaterra hasta que muchos años después la hizo decapitar, demuestra cumplidamente este aserto.

Surgió más adelante un nuevo pretendiente de sangre real para Isabel, que fue Carlos IX de Francia; pero las negociaciones fracasaron igualmente, y este monarca se casó con una archiduquesa austriaca.

También por este tiempo tuvo la Reina de Inglaterra otro favorito, Hatton, a quien hizo obispo. Se trataba de un hombre de leyes, más esbelto e instruido que Leicester; sus intimidaciones con Isabel duraron poco: Hatton y Leicester se llevaban muy bien y no se sintieron rivales de ninguna manera.

En opinión de ANTHONY, Isabel era considerada por aquella época entre las clases modestas y bajas como una mujer frívola y liviana, siendo detenido en Dover un hombre que había proferido a propósito de la Reina palabras que no se pueden repetir.²¹ Al fracasar su proyecto de matrimonio con el Rey de Francia, el hermano menor de éste, Duque de Alençon, pretendió oficialmente la mano de la Reina de Inglaterra, dando lugar al más largo y extraño noviazgo que se puede imaginar.

Este príncipe francés, de nombre Hércules, hijo de Cata-

(20) Id. loc. cit. Pág. 114.

(21) Id. loc. cit. Pág. 117.

lina de Médicis, no concordaba en su aspecto físico con el del héroe mitológico que era su homónimo, por lo que, muerto su hermano mayor, Francisco, su madre le hizo cambiar el nombre de pila por éste. El embajador encargado de hacer esta propuesta de matrimonio fue el Duque de Montpensier, quien fue fastuosamente recibido en Londres y su proyecto aceptado en principio.

No he visto confirmado en ningún sitio, como algún autor dice, que Don Luis de Zúñiga y Requesens (que en su infancia había sido compañero de estudios de nuestro Felipe II, el cual siempre le tuvo en gran estima), que fue durante algún tiempo gobernador de Flandes, intentase casarse con Isabel de Inglaterra, así como el Rey de España favoreciese este propósito para recobrar este país para la religión católica. Esto únicamente lo dice LETI,²² pero los errores de este autor son tan numerosos que sus afirmaciones no pueden tomarse en consideración. Requesens pertenecía sin duda a la primera nobleza española, pero en aquellos tiempos y en España el salto desde la nobleza hasta la Realeza era muy difícil.

Con el objeto de que el Duque de Alençon pudiese lograr sus propósitos matrimoniales con Isabel de Inglaterra, Catalina de Médicis y el Rey de Francia proporcionaron a aquél dinero y soldados para que, protegiendo a los rebeldes de los Países Bajos, se pudiese crear en ellos un Trono que le colocaría en ciertas condiciones de igualdad con relación a su prometida. Claro está que esta ayuda francesa se hizo de una manera clandestina, pues Francia hacía repetidas declaraciones de amistad a España, aunque ya hacía años que había muerto la tercera esposa de Felipe II, Isabel de Valois y nuestro Rey había contraído su cuarto y último matrimonio con su sobrina Ana de Austria.

En cambio, el apoyo de Isabel de Inglaterra al Duque de Alençon y los rebeldes holandeses fue franco y decidido, aunque aquélla comunicó al Rey de España que su hermano Don Juan de Austria, cuando fue Gobernador de los Países Bajos,

(22) LETI: Loc. cit. Pág. 31.

había tratado de levantarse con la soberanía de ellos y casarse con María Estuardo, Reina de Escocia, entonces ya prisionera de Isabel. Con ello no se proponía más que indisponer a Felipe II con su hermano bastardo, lo cual no consiguió, pues además Don Juan falleció al poco tiempo, siendo sustituido como jefe de las fuerzas españolas en Flandes por Alejandro Farnesio nieto del Emperador Carlos V como hijo que era de Margarita de Parma, hija bastarda del Emperador.

LETTI²³ coloca el comienzo de las relaciones del Conde de Essex como favorito de Isabel en el decenio 1570-80, lo cual es imposible, pues Roberto Dévereux nació en 1567 y tenía por lo tanto 13 años al finalizar este decenio. Su ascensión al favor de Isabel ocurrió diez años más tarde y LETI embrolla de una manera absurda el matrimonio de la Condesa viuda de Essex con el Conde de Leicester.

Durante el citado decenio y unos tres años más se prolongó el extraño noviazgo de Isabel de Inglaterra con el Duque de Alençon, con quien decía que estaba dispuesta a casarse y a quien proporcionaba importantes recursos de armas y dinero. Este Duque lo fue nombrado también de Brabante y Conde de Flandes, así como, general en jefe de las tropas insurgentes, cuyo más importante contingente eran los ingleses mandados por el Conde de Leicester. Ambos demostraron ser como generales muy inferiores al de Parma, pues en conjunto no cosecharon más que derrotas y —lo que más dolió a Isabel, que era celosa administradora de sus fondos— se comprobó que una parte del dinero que la Reina enviaba no llegaba a las tropas, sino que se «filtraba» por indebidos conductos.

El Duque de Alençon pasó dos veces a Inglaterra a entrevistarse con Isabel. La primera de incógnito, la segunda de un modo oficial, siendo calurosamente recibido y permaneciendo en Londres varios meses. La Reina, aunque ya había demostrado repetidamente su preferencia por los hombres gallardos y bien plantados (cosa natural) le recibió muy afec-

(23) Id. loc. cit. Pág. 42.

tuosamente y hasta se dijo en Londres que se habían acostado juntos, pero lo cierto es que la Reina Isabel se había hecho amante de un francés llamado Simier a quien el mismo Duque de Alençon había enviado previamente desde Francia en calidad de embajador privado. Este Simier había tenido que salir de su país de origen porque había matado a su mujer quien al parecer se entendía con un hermano del citado.

Como es de suponer, ni Simier, ni el Duque de Alençon, ni ninguno de los que después citaremos pudo lograr de Isabel más que sucedáneos más o menos apetecibles de lo que en realidad son las verdaderas relaciones sexuales entre hombre y mujer. Isabel llamaba al Duque «su ranita» y a Simier «su macaco».

Total, que el noviazgo oficial de Isabel de Inglaterra con el Duque de Alençon duró más de 10 años y al cabo de ese tiempo la Reina dijo que no se casaría si no se le restituía la plaza de Calais, que geográficamente forma parte de Francia (como Gibraltar de España), cosa que ni la Corte de Francia ni el pueblo francés hubiesen consentido. El Duque de Alençon murió en 1583, con lo cual el problema quedó resuelto de manera más definitiva aún.

En los años siguientes tuvo lugar el proceso y decapitación de María Estuardo, la prima de la Reina y más próxima heredera del trono de Inglaterra, y aunque el suceso causó verdadero horror en toda Europa, la verdad es que ninguno de los Príncipes católicos entonces reinantes tomaron medidas eficaces. Solamente el Papa excomulgó por segunda vez a Isabel y prometió alguna ayuda a Felipe II, quien tomó sobre sí la ingente tarea de invadir Inglaterra preparando la Gran Armada, llamada por el vulgo «la Invencible» cuyo desdichado fin es de todos conocido.

Por esta época, Isabel continuaba otorgando sus favores al Conde de Leicester, aunque éste se había tornado un tanto obeso y había perdido la gallardía juvenil, ya que contaba 55 años (los mismos que la Reina), por lo cual ésta le sustituyó como favorito por el Conde de Essex, que sólo tenía 21 años

y era alto, fornido y apuesto. La muerte de Leicester vino a facilitar el cambio, pero aún sin este suceso se habría producido también, dado que el ardor sexual de Isabel aumentaba con la edad. Lytton STRACHEY,²⁴ dice en su biografía que era risible y repugnante saber que Essex satisfacía las incontenibles apatencias de una vieja sesentona.

Ya para entonces era suficientemente conocida la imposibilidad física de Isabel para la procreación y la cita Camden «ob nescio quam mulierem impotentiam».²⁵

Ella sabía su *impotencia*, aunque ni la Reina ni CAMDEN, ni HOLLIS, que la cita conocían con exactitud en qué consistía esa incapacidad, ni en aquella época se podía saber, dado lo imperfecto de los conocimientos ginecológicos.

La impotencia de Isabel señalada por CAMDEN y confirmada por otros autores era una «impotentia coeundi», una verdadera imposibilidad material de consumar unas verdaderas relaciones normales. No es, pues, defendible la opinión de BELLOC, que, aún reconociendo que Isabel era sexualmente anormal, dice que no es posible determinar si su incapacidad para tener hijos era un accidente transitorio, puesto que duró desde su nacimiento hasta su muerte, tenemos que aceptar que era definitivo y debido a la causa dicha. NEALE, en su biografía de Isabel, dice que cuando se trató del casamiento de Isabel con el Duque de Alençon uno de los médicos de cámara de la Reina dijo que a pesar de su edad podía *garantizarse*²⁶ que tendría hijos. Hoy, con los medios de exploración ginecológica de que disponemos y que entonces eran desconocidos, ningún ginecólogo podría hacer semejante afirmación en ninguna mujer por muy joven que sea, e Isabel pasaba ya de los 45 años. Esta anécdota no revela más que el espíritu de adulación común entre los palaciegos y del cual no están excluidos los médicos.

(24) LYTTON STRACHEY: Loc. cit.

(25) CANDEM. W.: *Rerum Anglicarum et Hibernicarum Annales. Regnante Elisabetha*. 1625.

(26) NEALE: *Isabel de Inglaterra*.

LEMONNIER dice que Isabel se ofreció a casarse con Jacobo de Escocia cuando ella tenía 49 años. Esto tiene que ser inexacto por error de fecha, pues los 49 los tenía en 1582 y entonces estaba aún oficialmente prometida al Duque de Alençon, con quien tenía firmadas unas capitulaciones matrimoniales en las que se preveía el futuro destino de la *posible* prole. En Inglaterra, país de las apuestas, se apostaba tres contra uno que tal matrimonio no se celebraría y acertó la mayoría.

Es igualmente inaceptable lo que dice NEALE,²⁷ que en 1596, cuando Isabel tenía 63 años, se temiese por la vida de la Reina pues un adivino había predicho que moriría o sería asesinada en la época de su menopausia. Sus reglas habrían cesado muchos años antes, si es que alguna vez las hubiese tenido. Digamos además que el concepto que aún en nuestros días tiene el vulgo sobre el peligro del climaterio en las mujeres es totalmente infundado. Se puede enfermar y morir en cualquier edad y por supuesto, con tanta más facilidad cuanto más avanzada sea ésta.

Ya hemos dicho que los deseos sexuales de Isabel lejos de entibiarse con los años parecieron aumentar, y entonces apareció en su firmamento sentimental un nuevo astro que estaba llamado a tener extraordinario fulgor y a extinguirse de una manera trágica. Este fue Roberto Devereux, II Conde de Essex, que apareció en la Corte de Isabel cuando aún era muy joven (pues no tenía más que unos 18 años), poco antes de la expedición de la Gran Armada. Pronto destacó por su gallardía y por su bravura. Era un noble de rancia ascendencia, pues sus antepasados habían acompañado a Guillermo el Conquistador, pero era un noble pobre, aunque espléndido y rumboso, mucho más de lo que le permitían sus recursos, por lo cual siempre estaba endeudado. Isabel le elevó a su intimidad y le encumbró, haciéndole capitán de su guardia y concediéndole el monopolio de la importación de vinos dulces cuando murió Leicester. Ello producía unos ingresos fan-

(27) BLACK: *History of England*. Pág. 358.

tásticos que pronto le permitieron dar rienda suelta a su prodigalidad. Digamos que el nuevo favorito era en cierto modo la antítesis del que le precedió, el Conde de Leicester. Este era sumiso y obediente a las órdenes de Isabel y no la contrarió más que casándose sin permiso de la Reina, lo que le valió permanecer encerrado en la Torre una temporada. Essex por el contrario era un hombre altivo y a veces áspero hasta con la Reina, y ambos tuvieron muchas discusiones y desavenencias en privado y algunas en público, llegando en una de estas últimas a ser apuñado por la Reina por las orejas, a lo cual él replicó haciendo finta de sacar la espada, cosa que impidieron los palaciegos presentes; no obstante, dijo que semejante afrenta no se la hubiese tolerado ni al Rey Enrique si viviera y salió airadamente de la estancia. Estas regañinas terminaron con sendas reconciliaciones, menos la última, que le valió al altivo Conde ser decapitado.

La Reina llevaba a Essex 34 años, pues ella había nacido en 1533 y él en 1567. Así pues, aunque se tratase de la Reina, es muy difícil que el primero pudiera sentir por ella verdadero amor, ni físico ni espiritual; lo primero, porque cuando le hizo su favorito ella pasaba ya bastante de los 50 años y nunca había sido una belleza, y menos aún entonces, aunque se vestía y alhajaba suntuosamente; y espiritual mucho menos, porque él era un hombre mujeriego y engreído que tenía numerosas amantes y ella era celosa e imperativa. Como la Reina tuvo además por esa época también varios amantes, aunque su intimidad con ellos durase menos que la de Essex y mucho menos aún que la de Leicester, podemos calificar sus relaciones de tempestuosas. El tomó parte en numerosas incursiones contra España, en la primera de las cuales ella le mandó detener, sin lograrlo, porque el pueblo y la Corte admiraban a Essex, cuya gloria popular llegó al cenit cuando la toma de Cádiz, aunque la Reina dijo que el equipar la escuadra le había costado muchos miles de libras y no la habían traído más que una campana de la Catedral de Cádiz y la biblioteca del Obispo Osorio de Faro, pues al retornar a Inglaterra la escuadra inglesa se detuvo en esta ciudad a la que so-

metió a un concienzudo saqueo. BLACK²⁸ en su *Historia de Inglaterra* califica esta expedición como un éxito de relumbrón.

En efecto, Isabel había compuesto una oración por el buen éxito de esta empresa, pero como el objetivo principal era apoderarse del tesoro que traía a España la flota de Indias y esto no se logró, decidió no enviar más flotas contra las costas de España, al menos por su cuenta.

Esto no obstante escribió una carta laudatoria a los holandeses que habían cooperado en la empresa y celebró con grandes festejos de victoria (1596), pero ordenó que se limitaran a la ciudad de Londres y que no se extendiesen a las restantes del Reino. En privado, se lamentó de los pocos resultados prácticos, pues ya hemos dicho que era avara y le importaba mucho más el dinero que la gloria militar.

Sin embargo sus relaciones con el Conde continuaron hasta que éste fracasó en el proyecto de someter a los rebeldes irlandeses que se le encomendó después. Más tarde conspiró abiertamente contra Isabel, creyendo, dada su popularidad, que los habitantes de Londres se le unirían poco menos que unánimemente; pero el ejército de la Reina redujo con bastante facilidad la rebelión y el Conde fue recluido en la Torre, procesado y sentenciado a muerte.

También este favorito contrajo matrimonio con una hija de Walsingham sin conocimiento ni permiso de la Reina, teniendo que añadir este nombre a la ya larga lista de los favoritos de Isabel que obraron del mismo modo. ¿Cómo explicar esto que indudablemente era una traición a la Reina como mujer?

Porque no podían consumar con ella unas relaciones sexuales normales; se tenían que conformar con otras expansiones, posibles pero menos agradables. Cuando un hombre llega a una mujer «cargado» de deseo sexual y ella también lo está, cualquier procedimiento que permita satisfacer aquél

(28) Id. loc. cit. Pág. 371.

parece bueno. El coito vestibular u otros métodos bastan, pero, a la larga, cansan y resultan enojosos o repugnantes. Ya lo dijo un autor francés: «Chassez le naturel, il revient toujours». De manera que los amantes de la Reina en su intimidad con ella se conformaban con lo que era posible, pero necesitaban otra mujer normal para satisfacer normalmente su apetito genésico.

Essex durante su proceso dejó escapar un frase que nos lo revela: «Her mind as crooked as her body».²⁹ Las traducciones españolas que he leído me parecen deficientes, a menos que se las complete con una explicación. En la monografía de Litton STRACHEY se traduce: «Su disposición tan torcida como su facha»; en la de Mona WILSON: «La Reina se había vuelto tan torcida de mente como de caparazón»; y en la de ANTHONY: «tenía el alma tan torcida como el cuerpo», la cual me parece de todas la más aceptable, pero yo la traduciría: «su alma tan deformada como su cuerpo». Ahora bien, sabemos que Isabel hasta en su vejez era tiesa y erecta, no tenía ninguna deformación visible. Esta forzosamente se tenía que referir y se refería, a sus órganos genitales, que no estaban normalmente conformados; en suma, que, como había dicho muchos años antes su prima María Estuardo, «no era una mujer como las demás». Ya sabemos que Isabel en cierto modo lo confirmó en la conversación que hemos referido con Lord Sussex.

Otro de los favoritos ocasionales de Isabel, Osborne, había dicho que las «caricias» de la Reina se distribuían de un modo, por decirlo así universal³⁰ y Raleigh dijo que no se explicaba cómo le envidiaban la intimidad que tenía con la Reina, pues ésta le encomendaba misiones desagradables³¹ y a veces contra-natura.³² Claro está que todas estas perversiones sexuales (que ésta es su denominación científica), conocidas y practicadas desde hace muchos siglos hasta hoy, me

(29) LEMONNIER, L.: *Elisabeth D'Angleterre*. Pág. 252.

(30) Id. loc. cit. Pág. 252

(31) Id. loc. cit. Pág. 252.

(32) Id. loc. cit. Pág. 109.

parecen muy poco dignas de ser estampadas en un libro de Historia, pero la verdad es que la conformación anatómica de Isabel las hacía indispensables para que ella lograra su satisfacción.

Queda otro punto por esclarecer. ¿Por qué Isabel se indignaba tanto cuando sus amantes contraían matrimonio sin su permiso, que probablemente nos les habría concedido? A mi juicio por dos razones: la primera porque, teniendo ellos una esposa normal, temía que concluyesen en estimar más la satisfacción sexual por el método fisiológico que los artificiosos que tenían que emplear con la Reina; y la segunda porque era posible que en la intimidad conyugal revelasen a sus propias mujeres la defectuosa conformación sexual de la Reina. LEMONNIER, en uno de los párrafos de su biografía, emite la idea sobre la posibilidad de que las cosas ocurriesen así, si bien lo considera como una simple hipótesis.³³ Por estas razones, Isabel temía que fuese divulgado el secreto que tan celosamente guardaba y que procuraba ocultar valiéndose de los numerosos artificios que la proporcionaba su clara inteligencia y fértil imaginación. Es así mismo probable que la prominencia del clítoris, más acentuada de lo normal, fuese la causa de que sus deseos se prolongasen más allá de la época fisiológica y fuese también la explicación de su fácil excitabilidad, que ya varias veces hemos señalado.

Nos resta por explicar por qué habiendo tenido tantos amantes no quiso nunca contraer matrimonio, aunque sus consejeros, el Parlamento y el pueblo la instaron repetidamente a ello.

Según yo opino, la razón es igualmente clara, partiendo de la base de la malformación sexual que a mi juicio padecía. Una mujer soltera, y más siendo Reina, es dueña de sus actos y puede permitir a sus amantes las libertades que ella quiera,

(33) *Id. loc. cit.* Pág. 202. Dice que Isabel en realidad renunció a casarse con el Duque de Alençon porque al día siguiente de su matrimonio toda Europa sabría que ella era «Machorra». Para la especie humana hay otras palabras que son más precisas. La palabra *machorra* tiene más aplicación en veterinaria y se aplica a hembras estériles que son gemelas de un macho normal y tienen defectuosos los órganos genitales.

pero también las puede cortar en el momento que juzgue oportuno y decir tajantemente: «De aquí no se pasa». Una mujer casada, no, aunque sea una Reina; el marido tiene el indiscutible derecho de «usar» fisiológicamente de su mujer, en el llamado «débito conyugal»; por esto Isabel no quiso casarse nunca, ni con Rey, ni con Príncipe, ni con un noble de los que eran sus amigos, porque sabía que si se casaba el secreto de su conformación sexual, que ella conocía desde que cumplió los 12 ó 14 años, y que tan sigilosamente guardó, sería inmediatamente conocido. Esto es, un marido legal tenía el derecho a la cópula sexual, un amante no tenía más derecho que el que ella le permitiese. Lo cierto es que cuando el favorito de Isabel encarcelado en la Torre profirió la frase que hemos consignado e Isabel se convenció que Essex no sentía por ella verdadero amor, ni sexual ni de ninguna clase, hizo caso omiso de las numerosas cartas que el Conde la escribió haciendo protestas de su devoción y con la esperanza de lograr una nueva reconciliación. La Reina no le contestó ni quiso tener con él una nueva entrevista. Dejó que el proceso por traición siguiese su curso y el Conde después de algunas vacilaciones de Isabel sobre la orden de su ejecución fue decapitado el 25 de febrero de 1601 y su cuerpo descuartizado. La cabeza permaneció largo tiempo colgada en el puente de Londres.

Otros cómplices de la insurrección, como Blount (que también había sido amante de a Reina) y Daves fueron igualmente decapitados. Sir Gilly Merrick y Henry Cuffe fueron ahorcados. El Duque de Southampton, indultado con prisión en la Torre y otros muchos sancionados con fuertes multas.

Los dos años que aún vivió Isabel fueron sin duda para ella y sobre todo para su espíritu, altamente penosos. Las raras veces que aparecía en los salones de la Corte y quería simular la alegría que siempre había manifestado y que quería hacer revivir con los bailes y músicas de sus damas terminaban siempre mal, pues las insultaba e injuriaba hasta hacerlas llorar. Así que la mayor parte del tiempo lo pasaba sola en su habitación, llorando ella misma, y con frecuencia la acom-

tían accesos de furor durante los cuales acuchillaba con su espada los cortinajes y tapices.

Sir Walter Raleigh a quien debemos algunas confesiones sobre la sexualidad de la Reina, recobró el favor de Isabel, pero es muy dudoso que ella en esta última etapa requiriese «sus servicios» en tal aspecto.

Se pudo convencer además de que había perdido también el favor popular de que antes gozó, y que las masas estimaban más al Conde de Essex que a ella misma, pues la última vez que convocó el Parlamento, en octubre de 1601, las calles que antes siempre estaban llenas de un público que fervorosamente la aclamaba durante durante el trayecto, se hallaban vacías y silenciosas.

Hasta última hora, ya enferma, se resistió a permanecer en el lecho y mucho más a utilizar los recursos médicos. Perdió el habla en sus últimos días y manifestaba sus deseos por señas. El Arzobispo y varios capellanes estuvieron a su lado hasta última hora. Por fin murió mientras dormía, en 23 de marzo de 1603.

Dejó dispuesto que ningún hombre tocase su cuerpo después de su muerte y prohibió ser embalsamada, para lo que se formó una especie de guardia con sus damas, cumpliéndose así su último deseo. Quiso llevarse a la tumba el secreto sobre su sexo.

Con todo lo dicho, creemos haber *explicado* como era Isabel de Inglaterra.

¿Mereció o no, el nombre de «la Reina virgen»?

Desde el punto de vista médico hay dos clases de virginidad: la virginidad material y la virginidad moral. La material Isabel no la podía perder, porque en los casos de ausencia congénita de vagina, la membrana himen (que es la que se rasga o distiende en la desfloración) no existe, y nadie puede perder lo que no tiene.

La virginidad moral, que consiste en que los órganos sexuales de la mujer no entren en contacto con los del hombre

o con sus manos, Isabel la había perdido cuando era casi una niña, a los doce o trece años, y la perdió multitud de veces y con varios hombres.

ERNESTO MACIAS TORRES